

**DIPLOMÁTICOS Y HACEDORES**  
de las relaciones internacionales



Diplomáticos y hacedores de las relaciones internacionales : protagonistas, testimonios y fuentes en la política exterior argentina y latinoamericana / Beatriz Figallo ... [et al.] ; compilado por Beatriz Figallo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación CICCUS, 2020.  
416 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-693-837-2

1. Relaciones Diplomáticas. 2. Política Argentina. 3. Política Latinoamericana. I. Figallo, Beatriz, comp.  
CDD 327.2

Primera edición: diciembre 2020

Corrección: Fanny Seldes  
Coordinación: Alejandra Tejjido, Andrea Hamid  
Diseño y producción gráfica: Andrea Hamid  
Imagen de tapa: Pixabay

© Ediciones CICCUS - 2020  
Medrano 288 (C1179AAD)  
(54 11) 4981-6318 / (54 11) 2127-0135  
ciccus@ciccus.org.ar  
www.ciccus.org.ar

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro en cualquier tipo de soporte o formato sin la autorización previa del editor.

Impreso en Argentina  
*Printed in Argentina*



Ediciones CICCUS recibió el **Diploma de Honor Suramericano** que otorga la Fundación Democracia desde su Programa de “Formación en Valores en el Mercosur y la Unasur”.  
Círculo de Legisladores,  
Honorable Congreso de la Nación.



Ediciones CICCUS ha sido merecedora del reconocimiento **Embajada de Paz**, en el marco del Proyecto-Campaña “Desarrollando Conciencia de Paz”, auspiciado por la Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

# **DIPLOMÁTICOS Y HACEDORES de las relaciones internacionales**

Protagonismos, testimonios y fuentes en la política exterior  
argentina y latinoamericana

**Beatriz Figallo**  
(Compiladora)

Brezzo - Caterina - Delpino - De Marco (h) - Figallo  
Henríquez Uzal - Hernández Núñez - Micheletti - Míguez - Morgenfeld  
Quesada - Rodríguez Aycáguer - Sanfilippo  
Soprano - Tutté

EDICIONES  
**ciccus**

# Índice

**Introducción**..... 9

## **Capítulo 1**

La interpelación de las “fuentes diplomáticas”: el caso del Archivo Histórico de la Cancillería venezolana ..... 27  
*Yepsaly Hernández Núñez*

## **Capítulo 2**

Construir puertos y relaciones internacionales. Cónsules y empresarios en la dinámica de Rosario como terminal de ultramar. .... 47  
*Miguel Ángel De Marco (h)*

## **Capítulo 3**

La diplomacia “clandestina”: Ramón J. Cárcano y el conflicto entre Uruguay y Argentina por el Río de la Plata (1908-1910). .... 73  
*Ana María Rodríguez Ayçaguer*

## **Capítulo 4**

Escribir, editar y mostrar al Paraguay en Europa. Los intercambios epistolares entre intelectuales/diplomáticos: Juan Emiliano O’Leary y Juan Natalicio González (1920-1965) ..... 111  
*Liliana M. Brezzo y Andrea Tutté*

## **Capítulo 5**

Ecos de guerras lejanas: la propaganda gráfica de los beligerantes durante la Segunda Guerra Mundial (Rosario, 1939-1945) ..... 141  
*Luis María Caterina*

## **Capítulo 6**

Historia, diplomacia y traducción: una aproximación a las relaciones culturales de Argentina y Suecia a partir de la correspondencia entre José Luis Busaniche y Axel Paulin (1947-1955) ..... 167  
*Renzo Sanfilippo*

## **Capítulo 7**

La Fundación Rockefeller y la construcción de una red de expertos agrícolas en Chile (1942-1970) . . . . . 191  
*Fernando Quesada*

## **Capítulo 8**

La política exterior argentina, entre revoluciones, golpes y dictaduras. La gestión diplomática del almirante Samuel Toranzo Calderón en España (1955-1959). . . . . 207  
*Beatriz Figallo*

## **Capítulo 9**

Las relaciones del Estado Argentino con la Santa Sede desde la memoria de los actores (1958-1962). Los escritos autobiográficos de Ángel M. Centeno y Santiago de Estrada. . . . . 241  
*María Gabriela Micheletti*

## **Capítulo 10**

América Latina en el período de recrudescimiento de la Guerra Fría (1966-1973): Argentina, Brasil y el Tratado de la Cuenca del Plata . . 267  
*Florencia Delpino*

## **Capítulo 11**

España y América Latina: la tercera vía del franquismo (1969-1973) . 301  
*María José Henríquez Uzal*

## **Capítulo 12**

La relación entre Argentina y Chile: del pluralismo ideológico a la predominancia de la política interna (1970-1973) . . . . . 329  
*María Cecilia Míguez*

## **Capítulo 13**

La diplomacia de Henry Kissinger y el terrorismo de Estado en la Argentina. . . . . 355  
*Leandro Morgenfeld*

## **Capítulo 14**

El quehacer de un diplomático. El embajador argentino Martín Balza: producción de información y análisis sobre el conflicto armado en Colombia . . . . . 381  
*Germán Soprano*

**Los autores y las autoras** . . . . . 409

# Introducción

Este libro se propone abordar, a través de la presentación de una serie de investigaciones que reflexionan sobre variadas interrelaciones históricas centradas en las vinculaciones de la Argentina y América Latina con la región y con el mundo, desarrollos minuciosos que se pueden inscribir en los estudios relacionales pero que, también, se podrían clasificar como historias diplomáticas, historias culturales, historias políticas o historias internacionales. Para lograr conjuntar temas y autores en torno al problema de las relaciones entre estados-nación y al planteo de sus políticas hacia el exterior, hemos apelado a dos dimensiones amplias que contienen el entrecruzamiento de posibilidades de conocimiento: las de sus protagonistas y las de las fuentes con las que reconstruir esa historia. Corresponde decir que, si bien esta obra es fruto de la feliz coincidencia de estudiosos en torno a estos temas, así como de su generosidad para compartirlos en un trabajo de conjunto, debe su posibilidad de ser publicado al proyecto titulado “El Estado argentino y sus gestores: trayectorias, identidades y disrupciones en los siglos XIX y XX. De lo disyunto a lo complejo” (PUE 0003-2018). El mismo ha sido financiado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina (CONICET) para una línea de investigación propia de su Unidad Ejecutora en Red, el Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI), constituida por iniciativa del doctor Mario Rapoport en 2007.

Desde perspectivas plurales que buscan definir y singularizar espacios de conocimiento, en las últimas décadas los científicos sociales han apelado a diversas denominaciones para reconstruir relaciones de todo tipo y en tiempos disímiles que se establecen entre sociedades, pueblos y estados, donde tanto individuos como organizaciones suman sus aportes a la ancha avenida de las intervenciones que se proyectan hacia el afuera de las realidades propias y a las conexiones que suceden, en el entendimiento que dichas aspiraciones son constituyentes de cualquier cuerpo social. Justo es decir, también, que estas aventuras epistemológicas en algunas ocasiones terminan encorsetando saberes buscando acotar diá-

logos y, en otras, producen un ensanchamiento casi inabarcable de los campos de estudio.

En los vínculos que han ligado a los países entre sí con los poderes de los estados, se han reflejado intereses y demandas nacionales a través de acciones y proyecciones exteriores que se fueron acomodando a épocas, escenarios y circunstancias cambiantes, así como a los requerimientos económicos y sociales que las distintas regiones y el contexto internacional iban imponiendo. Aquellas respuestas recogieron, también, un complejo haz de estrategias particulares, de necesidades asumidas y de mentalidades subyacentes –o profundas, al clásico decir de Pierre Renouvin–, que han imbuido el accionar de personajes erigidos en protagonistas de las relaciones internacionales.

Desde ya que el mundo latinoamericano no tiene el recorrido y la tradición que ostenta la cuna de la civilización occidental en esas vinculaciones interestatales, internacionales, transnacionales o globales, pero porta una contundente existencia histórica y una realidad peculiar, abarcando un marco espacial de enorme riqueza relacional que se acelera en los tiempos republicanos. En su capacidad de ser historiable no hace mella cierto pensamiento de ajenos y propios en cuanto a ser considerado adyacente a las grandes cuestiones debatidas y confrontadas por las potencias de primer orden mundial durante la contemporaneidad. En ese campo de lo relacional, un conjunto de personajes latinoamericanos han asumido un protagonismo privilegiado en la concepción y el desarrollo de las políticas exteriores, asociados a la historia política tradicional y también a aquella direccionada por círculos académicos, intereses editoriales o posicionamientos ideológicos o nacionalistas. No obstante y salvando obstáculos y prejuicios historiográficos, toca incorporar al elenco de aquellos que desempeñaron funciones públicas y cuyos actos produjeron consecuencias, figuras que reclaman su lugar en el pasado para hacerlo, a la vez, más complejo e inteligible. En ocasiones se exagera el papel de ciertas personalidades en la explicación de los procesos históricos, otras veces, el lugar de determinados operadores acaba subsumiéndose al interés prestado hacia los grandes sujetos colectivos. Factores como la inestabilidad político-institucional, la prevalencia de los conflictos interiores, la miopía de la opinión pública hacia temas internacionales, la periférica inserción de la región en el mundo, la tardía y oscilante democratización en la práctica y la concepción de la política exterior, entre otras variables, opacan cuando no ocultan la potencialidad de determinados sujetos individuales en el decurso de las políticas exteriores, ya sea porque asumen un papel no central, se minusvalora su capacidad de ser representados históricamente o no queda registro de su existencia.

La mirada que nos hemos propuesto las autoras y los autores de este libro destaca la importancia de los sujetos –intención muchas veces ata-

da a la eventualidad de dejar suficientes rastros de su actuación— en la conformación de las políticas exteriores latinoamericanas, iberoamericanas y argentina, susceptibles de ser conocidas a través de retazos de biografías de figuras que contribuyeron a establecer nexos con realidades diferentes a las propias, así como travesías políticas de personajes convertidos en eje de tensiones, controversias y concertaciones externas o en instrumentos para trazar o rectificar vínculos.

Resulta enriquecedor, para esta visión centrada en intérpretes y ejecutores, el volver sobre ideas, pensamientos y doctrinas que pudieron haber guiado la toma de decisiones, el decurso de negociaciones y los compromisos asumidos en el ámbito de las relaciones interamericanas y de sus políticas exteriores. Se trata de dirigentes, estadistas, líderes, funcionarios, civiles o militares, profesionales, técnicos, intelectuales, e incluso diletantes, sujetos políticos de primera o segunda línea —tal vez marginales— que, en circunstancias puntuales se convirtieron en diplomáticos y hacedores de las relaciones internacionales. Las denominaciones, al provenir de distintas tradiciones académicas, confluyen en la figura de agentes o gestores de los estados, categoría esta última que encuentra antecedentes decimonónicos en aquel que en virtud del poder o facultad de otro, ejecutaba en su nombre un proyecto, una iniciativa o contribuía a resolver una situación problemática, teniendo la facultad para producir algún efecto —útil, práctico, para obtener el mejor logro— aplicable a múltiples actividades públicas y privadas. Términos tales como Ministros de Negocios Extranjeros o encargados de negocios, gestores del bien público, han sido asimismo utilizados con extensión en la historia diplomática, la historia política y la historia del derecho, a la vez que se enlaza con la figura del funcionario —definido entonces como sinónimo de empleado público—, creada por consenso político para dotar a las administraciones públicas de estabilidad a través de personas poseedoras de conocimientos determinados que quedarán fuera de las luchas partidarias. En el marco del proceso de tecnificación de la política, la utilización significativa de gestor estatal tiene aún más amplio consenso epistemológico. El crecimiento económico, la construcción del estado de bienestar y el enredo cada vez mayor de las modernas sociedades de consumo condujeron a una atenuación progresiva de la diferencia de funciones entre los burócratas profesionales y los políticos, tal como había sido delineada por Max Weber. Un renovado marco teórico reparó tanto en los vínculos entre patria y política, como en el “ocaso de las ideologías” para acompasarse al progreso tecnológico y a la exaltación de la eficiencia y la competencia profesional de los técnicos capaces de decidir la elección de políticas, sin que importara, incluso, el tipo de gobierno o de régimen en que se desempeñaran, así como al papel de los expertos en las sociedades democráticas y las estrategias de toma de decisiones, para

atender las preocupaciones de la administración de lo público, el reclutamiento de funcionarios del Estado, la gestión de políticas funcionales a los intereses de diversos círculos de influencia. Dotado de saberes y capacidades específicas, a lo largo del tiempo su gravitación es considerable ya que individualmente o en conjunto, intervienen en la gestación, formulación, implementación y ejecución de las políticas del Estado. Aunque suelen enmarcar su actuación en las directrices del gobierno que los ha designado persiguiendo logros efectivos, las diversas trayectorias intelectuales muestran que las creencias y corrientes de pensamiento a que adscriben los gestores/hacedores públicos pueden impactar en las orientaciones políticas de los gobiernos.

Hacedor y gestor, en el rol del diplomático confluye la historia misma. Profesión, oficio, práctica y arte, es la figura que lleva adelante la política exterior de un Estado y es, a la vez, un actor de las relaciones internacionales a través de la diplomacia. Al decir de Lucien Bély, ella es tan antigua como el mundo, pero la acepción moderna de la palabra no habría aparecido hasta finales del XVIII y tras la Revolución Francesa. El historiador francés señala que fue adaptada de las palabras “diploma” o “diplomático”. En el origen de la diplomática como ciencia histórica que estudia los documentos y las colecciones que de ellos se formaban para dejar constancia de las resultantes de las negociaciones, aquellas voces aparecen, por ejemplo, en el *Corps universel diplomatique du droit des gens, contenant un recueil des traites de païs, d’alliance, & faits en Europe depuis Charlemagne jusquá present*, publicado por Jean Dumont en Amsterdam en 1726. En aquellos tomos y basándose en los usos de la corte española, Dumont repasaba el ceremonial, los lugares de las solemnidades, la dinámica de la vida en la corte, la jerarquía de los diplomáticos, los usos de la etiqueta, la recepción de príncipes y ministros extranjeros. Pero también se cavilaba sobre las guerras, la paz y los acuerdos: Europa había superado el gran conflicto internacional que significó la guerra de sucesión española la cual, tras el Tratado de Utrech de 1713, entronizó en la corona de España a los Borbones. De allí se extrajeron muchas enseñanzas y modos de actuar en torno a las actitudes a asumir en público, el valor de la redacción de documentos, cartas y correspondencia intercambiadas en pro de alcanzar acuerdos y, en relación a ello, la necesidad de informar para el bien del Estado, acudiendo a la propaganda para interesar a los pueblos y ganar voluntades. Versiones originales del *Corps universel diplomatique* formaban parte de la biblioteca personal del gran intelectual y jurista caraqueño Andrés Bello, asentado en Chile a partir de 1829, a la vez que integran el tesoro de la Biblioteca Nacional de la Argentina. Como observa Guido Braun en un artículo de la *Revue d’histoire diplomatique* (2014), no habiendo una carrera diplomática específica ni estudios especializados, aquellos diplomáticos se

formaban en la lectura y la escritura, con viajes y educación en idiomas o a través de la experiencia cortesana y el consejo de soberanos y mandatarios. La intensificación de los vínculos entre estados y naciones fue ofreciendo manuales y normas para desenvolverse en las negociaciones, cuyas vicisitudes atrajeron muchas reconstrucciones históricas. Así, la historia diplomática gozó de gran auge durante el siglo XIX, empezando a declinar su cultivo conforme avanzaba el siglo XX. Una embestida de la escuela de los Annales, denostó su apego al acontecimiento y la acción de los individuos, frente a la larga duración, las estructuras y los movimientos colectivos, lo que se tradujo en un largo desinterés al asimilarla a una forma en desuso o arcaica del que vino a rescatarla la historia de las relaciones internacionales de Renouvin, Duroselle, Frank. Mientras tanto, se iban contorneando estudios transnacionales y globales para acometer el objeto de estudio desde otras hendiduras. Sin embargo, como nos recuerdan, entre tantos, Michael J. Hogan y Joaquín Fernandois, sigue siendo una mirada útil si, como señala el historiador chileno, “la historia diplomática es aquella que estudia el tipo de decisiones que se vinculan con las agencias del gobierno encargadas de la conducción de la política exterior” (2005).

Historiar hoy a los diplomáticos implica ser más inclusivos, recoger los aportes que traen las distintas perspectivas, incluso desde la teoría política, la historia social y cultural –en lenguajes y postulados–, sin dejar de apreciar las contingencias. Esta audacia creativa nos lleva a aceptar junto con la figura de los diplomáticos, la utilización del término hacedores, casi como una ingrata traducción de la expresión inglesa *policymakers*, incorporada dentro del léxico de los que hacen tanto historia internacional como ciencia política o relaciones internacionales, así como de las preguntas de investigación, métodos empleados, centralidad otorgada al Estado y preocupación por la toma de decisiones que revelan los trabajos de ambos grupos de académicos.

La historiografía europea ha mantenido el interés por investigar las disposiciones y propuestas, las urgencias y necesidades de los gobiernos aplicadas al estudio de cómo se resolvieron conflictos y disputas internacionales, vinculando la trama de negociaciones y decisiones con el desempeño de sus diplomáticos pero, también, las ideas y la cultura que orientaban su acción, incluyendo más recientemente una profundización en el análisis de las funciones consulares y llevando dichos abordajes desde lo más contemporáneo a lo más remoto. La realidad histórica y académica americana presenta similitudes pero, también, obvias diferencias.

Dado que la política exterior es un objeto de estudio que se desliza entre las esferas internas y externas de un Estado, se debería admitir la complejidad de las unidades compuestas de actores o grupos interna-

cionales o domésticos, envueltos en el proceso de la toma de decisiones. De allí que pueda estimarse que exista un juego virtuoso entre las disciplinas, acercando a la historia fórmulas propias de campos científicos adyacentes. Avanzando sobre discusiones científicas que llevan décadas en torno a la actuación de los tomadores de decisión dentro del Estado, su análisis podría circular por los pliegues de su estructura institucional, si es que no se considera que este es en sí mismo una abstracción. Por ejemplo, en opinión de Valerie Hudson, el reto estaría en abrir “la caja negra” del Estado en busca de respuestas.

Antes y ahora, en el estudio de la política exterior de los estados, resulta atendible la advertencia de Bob Jessop (2014):

El Estado no ejerce el poder: sus poderes (siempre en plural) se activan a través de la agencia de fuerzas políticas definidas en coyunturas específicas. No es el Estado el que actúa, se trata siempre de grupos específicos de políticos y funcionarios estatales ubicados en sectores y niveles específicos del sistema estatal. Son ellos los que activan los poderes y las capacidades específicas del Estado, inscriptos en instituciones y organismos particulares.

Atender el rango de lo individual es viable, concentrándose en las personas que van optando por una diversidad de posibilidades de actuar, en el papel que juegan, las creencias y percepciones que sostienen, el modo en que interactúan con el contexto internacional –de lo local a lo global–, el lugar que ocupan dentro del proyecto político del que participan. Aunque puede colisionar con otros enfoques de relaciones internacionales que se centran más en las estructuras, la perspectiva del agente o hacedor apoderado por interacciones y acciones conjuntas, más que encaminado a resultados, ofrece numerosas posibilidades para explorar. Para incorporar el concepto de *policy makers*, el idioma castellano nos brinda una ventaja: la palabra hacedores tiene una prosapia de siglos ligada al hacer, al causar y al ejecutar y, por tanto, nos permite exceder la limitación de aplicarlo solo a la segunda mitad del siglo xx y los tiempos presentes, para contener períodos anteriores. Así, se puede ver su utilización en el espacio académico hispanoamericano aun cuando se la emplee con menos entusiasmo en el mundo luso-brasileño.

La actividad exterior de los Estados forma parte de su esencia, por lo que ya con las revoluciones en el lento y agitado proceso de su conformación independiente, surgieron en América Latina –bajo la forma de modos y usos administrativos y representativos de la época– tanto la figura diplomática, con diferentes categorías y principiando con el envío de comisiones extraordinarias, asumidos por personajes *ad hoc*, como la función que se proponía negociar para alcanzar reconocimientos o iniciar intercambios y contactos comerciales. La historiografía clásica ha

reconstruido la vida de precursores y de misiones urgentes a Europa y Estados Unidos y, también, hacia la región, abarcando etapas en las que –en puridad– no podría hablarse de estados propiamente dichos. Como advirtió Edmundo Heredia, la vinculación, los conflictos y las guerras entre los países vecinos que habían pertenecido al antiguo tronco virreinal fueron abordadas como disputas y asuntos internos. Otra cosa es que los historiadores los hayan prefigurado como entidades estatales distintas para robustecer la impresión de las diferencias, con fines de demarcación de límites, de defensa de sus productos naturales frente a las grandes potencias de la época o en la región, de pujas políticas entre sectores o por razones geopolíticas o ideológicas. Abordar en el siglo XIX y XX la “organización de la maquinaria de política exterior”, en palabras de Beatriz Solveira, no ha sido un objeto predilecto de los investigadores, por alguna de las varias razones presentadas, dejando en todo caso a bibliotecarios, archiveros y gabinetes jurídicos de las cancillerías la valiosa inquietud por acopiar, resguardar e, incluso, divulgar mucha documentación que –en ocasiones– por su magnitud, desorden, inaccesibilidad, no llega ni a los hacedores de políticas exteriores ni a los que las historian.

De tanto en tanto, importantes investigaciones –en profundidad u originalidad– sobre procesos, confrontaciones, protagonismos, enlace de decisiones, eventos singulares, representan y explican fragmentos del hacer internacional de América Latina, y permiten vislumbrar el orden caótico, o bien las regularidades y normas de su política exterior, abarcando el siglo XIX sin el peso excluyente de los estudios de límites. El siglo XX ha tenido mejor suerte y más historiadores, aun cuando los temas predilectos han sido, en general, los ligados a las naciones hegemónicas. Con todo, las últimas décadas se vienen abriendo al prolífico giro dedicado a explorar la dimensión cultural de las relaciones internacionales, fijando su atención sobre aquellos diplomáticos que fueron a la vez escritores, educadores, juristas, intelectuales o profesionales que representaron a los países en el exterior; sobre la función comunicacional ejercida por esos gestores, sobre su capacidad de irradiación cultural. Se podría decir que cada época tuvo el mundo diplomático que le era congruente, aceptando que la profesionalización trajo una adaptación, más o menos eficaz, a los cambios experimentados en la vida internacional, aunque contribuyendo a su estandarización global. Los puentes entre todas esas perspectivas son poco menos que infinitos. Cómo no detenerse en el momento histórico, la trascendencia continental y la conciliación regional que significó el Congreso Sud-Americano de Derecho Internacional Privado que se reunió en Montevideo entre agosto de 1888 y febrero de 1889, cuando las acciones estatales se manifestaban a favor de una homogeneización creciente con el contexto mundial. Dispuestos a acordar en las cuestiones prácticas que la enorme llegada de inmigrantes y su

asimilación planteaba a sociedades y estados, tales como la propiedad literaria, marcas de comercio y de fábrica, ejercicio de profesiones liberales, compatibilización de títulos, derecho comercial, procesal y penal, no siendo un tema diplomático en sí, lo es por las consecuencias que acarreó en las relaciones entre países, y porque los representantes sudamericanos actuaron en condición de diplomáticos. Viajeros asiduos o residentes en los países vecinos, universitarios, que se inclinaban por la escritura y la publicación, políticos, algunos próximos por lazos de amistad, otros antiguos combatientes adversarios de la Guerra del Pacífico, allí participaron los catedráticos uruguayos Ildefonso García Lagos y Gonzalo Ramírez; el novelista, poeta, periodista y jurista boliviano Santiago Vaca-Guzmán; los políticos y “hombres de la intelligentsia” vinculados a la Facultad de Derecho de Buenos Aires Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana; los chilenos Guillermo Matta Goyenechea, literato, legislador y representante en Alemania y Argentina, y Belisario Prats, ministro de la Corte Suprema de Justicia; el ministro paraguayo en Buenos Aires José Z. Caminos y el político y periodista Benjamín Aceval, criado en la Argentina y graduado de abogado en la Universidad de Buenos Aires, entonces ministro de Relaciones Exteriores del Paraguay; y los peruanos Manuel María Gálvez, fiscal de la Corte Suprema de Justicia y el doctor Cesáreo Chacaltana, educador y redactor en el diario porteño *La Prensa*. Por el Imperio del Brasil sería acreditado el doctor Domingos de Andrade Figueira, consejero de Estado y diputado a la Asamblea General Legislativa.

Parecidas indagaciones, más allá de las claras acordadas jurídicas o desacuerdos políticos, pueden suscitar tantos cónclaves y conferencias, tantas embajadas, tantas gestiones consulares que, desde lo económico a lo cultural y desde lo humanitario a lo ideológico, han protagonizado las políticas exteriores latinoamericanas. Que las palabras contengan tradición y pasado no es baladí: al momento de escribir estas líneas, el gobierno de la Argentina emitía un comunicado anunciando su abstención en las elecciones previstas para mediados de septiembre de 2020 para elegir a las nuevas autoridades del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), declinando presentar una candidatura propia para la presidencia del organismo: “Dejamos asentada nuestra coincidencia con las múltiples y respetadas voces de las más variadas procedencias políticas, académicas, sociales e ideológicas, que han expresado la inconveniencia para América Latina y el Caribe de vulnerar una tradición de gobernanza regional de una institución que se ha mantenido durante sus más de 60 años de existencia como un ámbito plural, al servicio del interés de los latinoamericanos y caribeños y sin convertirse en una herramienta de intervencionismo diplomático de naturaleza alguna”.

En todo este derrotero, la cuestión de las fuentes y los testimonios ocupa un lugar que ha de reconocerse como crucial. Mucha de la docu-

mentación oficial generada por el Estado que tributa a estas reconstrucciones de historia internacional está sometida a vetos –contienen una suerte de “cara oculta”, a la que no siempre se accede–, cautelas que en ocasiones provienen de la sensibilidad de una información preparada para la toma de decisiones de los mandatarios y, en otras, para preservar la exposición pública del individuo; sin embargo, si se amplía el foco de observación aparecen vestigios por doquier: cartas particulares y familiares que circulan fuera de los ámbitos oficiales, prensa periódica, propaganda, memorias, que de manera creciente están siendo accesibles por medios digitales. Mientras los archivos de los Ministerios de Relaciones o Asuntos Exteriores de nuestra región tratan de constituirse en lugares de “memoria, conservación y descubrimiento”, las dificultades para extraer las mayores evidencias posibles son una realidad inocultable para quienes tenemos por objeto de estudio a América Latina.

A pesar de todas las trabas que puedan mencionarse, como han escrito Laurence Badel y Stanislas Jeannesson (2014) pensando en realidades bastante distintas a las nuestras, hoy es tiempo de presentar a las nuevas generaciones de historiadores e investigadores sociales la riqueza de un sugerente campo de estudio en el corazón de la historia de las relaciones internacionales: el de las prácticas diplomáticas y el de los hacedores del quehacer internacional que ya en el sedimento del pasado imprimen rasgos propios, así como la proyección que contienen hacia una cada vez mayor atención a cuestiones como la gobernanza mundial, los derechos humanos, el cuidado del medio ambiente, el desarrollo sostenible.

Esta obra conjunta intenta aportar a la comunicación y preservación de esta rica memoria internacional de la región. Con ese objetivo presenta un repertorio de estudios, algunos que son reflejo de prolongadas dedicaciones al área o de consolidadas carreras académicas, otros, relativos a serios acercamientos iniciales que, aunque expresan formaciones e intereses bien diversos, aspiran a recabar y ofrecer pistas de futuros proyectos. Su presentación sigue un orden cronológico, aunque puede advertirse una centralidad del siglo xx en los estudios, así como un agrupamiento en núcleos de interés ya sea por el uso de fuentes, por la perspectiva con la que están contruidos, por la preeminencia de actores individuales o por su intervención en procesos políticos más amplios.

Principia el libro con la minuciosa investigación de Yepsaly Hernández Núñez, que nos ofrece la oportunidad de hacer más inteligibles los rumbos que los investigadores pueden tomar al enfrentarse con los documentos generados por los órganos ejecutores de las políticas exteriores de los países, y lo hace a través del ejemplo del rico archivo de Venezuela, al que conoce en su doble vertiente de historiadora de las relaciones internacionales y de haber sido funcionaria de este. La procedencia “oficial” de las fuentes diplomáticas suele ser el origen de una

suerte de estigmatización que predispone la búsqueda de información en esos repositorios y que determina, en gran medida, la orientación y el desarrollo de las investigaciones históricas. Con frecuencia, se privilegian los “escenarios tradicionales” que reflejan el ejercicio más formal de las actividades desempeñadas por las cancillerías, deshumanizando la dinámica internacional para convertirla en un escenario árido, con una estructura predecible que no refleja la versatilidad, riqueza e implicaciones del trabajo realizado por los miembros del Servicio Exterior. Una valoración “no tradicional” de las fuentes diplomáticas no solo se nutre de la intuición investigativa sino, también, del conocimiento de las transformaciones institucionales operadas, así como de la evolución del derecho internacional, la variación de las funciones consulares y diplomáticas, las particularidades históricas de los países involucrados y finalmente, de la vinculación de los contextos con los “sujetos comunes” –emigrantes, exiliados políticos, mercenarios, intelectuales, universitarios, traductores, artistas, científicos, deportistas–, que de una u otra manera intervienen en el sistema internacional.

A continuación, Miguel Ángel De Marco (h) estudia la internacionalización que han representado los puertos, desarrollando actividades que –desde la antigüedad– desempeñaron una diplomacia marítima impulsada sobre todo por el afán de intercambio comercial entre distintas plazas, y donde aparece la figura del cónsul como el encargado de facilitarlos. Su análisis se enfoca en el sistema portuario argentino de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX, configurado como respuesta al comercio exterior, para centrarse en Rosario, una de las ciudades-puerto más importantes. Tal categoría analítica le permite enmarcar la existencia de aquellas instituciones, protagonistas necesarias de la intersección de intereses que lograron plasmar negocios y vinculaciones para empujar a los poderes políticos a constituir un complejo ferropuerto industrial en la región y en torno a la ciudad. La vertiginosa transformación operada atrajo bien pronto la instalación de oficinas consulares extranjeras, como afirmación de las propias soberanías, dando origen a la curiosa figura de empresarios-cónsules que, si bien defendían los derechos de los ciudadanos de las naciones a las que representaban, también fueron inversores, comerciantes, colonizadores, industriales, emprendedores, e impulsores en Rosario de los primeros estudios universitarios consulares y diplomáticos del país. Profesionalizada la función, su dinamismo gestor y representatividad se van apagando con la nacionalización del puerto de Rosario. El trabajo atiende con detenimiento la imbricación de la empresa francesa Hersent, concesionaria del puerto de Rosario, no solo con las actividades productivas de la ciudad sino con la difusión de la cultura francesa, reservorio de una franca posición antifascista en las décadas del 30 y el 40 del siglo pasado.

El capítulo de Ana María Rodríguez Ayçaguer constituye un apasionante retrato de lo que fue una diplomacia con visos de clandestinidad –como diría su protagonista Ramón J. Cárcano– a quien su amigo el presidente de Argentina José Figueroa Alcorta le encomendó una misión confidencial para arreglar el conflicto con el Uruguay por la jurisdicción en el Río de la Plata (1907-1910). Las gestiones oficiosas, en las que participaron no solo Cárcano –personaje de la política y la historiografía argentina– sino otros protagonistas de una y otra banda, ponen de manifiesto una de tantas posibilidades de hacer política exterior, salteándose las respectivas legaciones diplomáticas. Desfilan por el trabajo los negociadores natos del conflicto, como el ministro argentino en Montevideo Alejandro Guesalaga, el canciller Estanislao Zeballos y su par uruguayo Antonio Bachini, el primer mandatario oriental Claudio Williman, pero sobresale la actuación de Cárcano quien, desde la informalidad, arrojó soluciones equilibradas y limó asperezas. Que aquellas gestiones se hayan acelerado, incluso en las temporadas estivales de ocio, muestran los vínculos familiares de la sociedad rioplatense, así como los usos y costumbres vacacionales de su alta burguesía. Amigo de Bartolomé Mitre, Ramón J. Cárcano ingresó como miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana (luego Academia Nacional de la Historia), de la que fue presidente. En un homenaje que se le brindó en su vejez, el doctor Ricardo Levene afirmaba: “La vocación del escritor ha llenado de trabajo y júbilo los días de la fecunda existencia del doctor Cárcano”, calificando a sus libros *La diplomacia americana* y *Relaciones internacionales. El criterio argentino tradicional* como las primeras investigaciones de la historia y la política diplomática nacional. La presente contribución da muestras de señalada originalidad en fuentes primarias, pues está argumentada en base a las cartas de Cárcano que se encuentran en el Archivo General de la Nación de Argentina y de informes resguardados en el repositorio de la Cancillería, así como de documentación oficial del Uruguay, de su Archivo y del Museo Histórico Nacional.

El itinerario vital de dos relevantes protagonistas culturales del Paraguay, ligados al mundo político y al quehacer diplomático, es abordado en el texto de Liliana Brezzo y Andrea Tutté, profundas conocedoras de los archivos paraguayos. Su estudio sobre Juan Natalicio González y Juan Emiliano O’Leary se basa en el copioso acervo personal de cada uno, compuesto por un caudal de cartas, registros fotográficos, prensa, publicaciones, escritos, originales, fuentes documentales en algunos casos no convencionales, el uno resguardado en la Biblioteca Nacional del Paraguay y el otro constituyendo una colección particular, material que las habilitó, también, a ensayar vías propias de la crítica literaria. Representantes de lo que alumbró como el revisionismo paraguayo –en torno a la interpretación política de la Guerra del Paraguay–, el minucioso ras-

treo que realizan las autoras de la correspondencia intercambiada por ambos les permite asomarse a sus respectivos mundos privados, seguir el curso y la difusión de sus empresas culturales –editoriales, literarias, periodísticas– por el Río de la Plata y por aquellas plazas diplomáticas donde fueron espejo de su Paraguay, en la década de 1920 y, de manera alternativa, hasta la de 1960. Situarlos en la vida pública y en el ejercicio de aquellos cargos estatales hace posible saber más sobre la conformación –en ocasiones inorgánica– de esos ámbitos, así como entender los ritmos de las transformaciones que pudieron generar los órganos de la política exterior paraguaya, a remolque de los propósitos y los medios planteados para relacionarse con el mundo y promover el intercambio de sus recursos naturales.

El obligado movimiento pendular entre lo internacional y lo propio de lo local, es presentado por Luis María Caterina a través del análisis de publicaciones periódicas, folletos, opúsculos, panfletos y sueltos, herramientas de una propaganda que algunos de los principales países beligerantes en la Segunda Guerra Mundial utilizaron como aparato de difusión ideológica en América Latina, y que arribó con preferencia a la Argentina. Para ello, ha explorado en un representativo fondo hemerográfico privado de Rosario que, por su contenido y por quienes lo reunieron, es muestra de una sociedad que se sentía interpelada por sucesos globales tan dramáticos, aunque, a la vez, se resguardaba en la distancia –física y mental– del teatro de los acontecimientos. El conflicto armado, las ideas en pugna, la confrontación de modelos sociales y políticos que dirimían sus fuerzas en escenarios bélicos lejanos –salvo la excepción representada por la batalla del Río de la Plata en 1939– arribó profusamente en papel a los ámbitos cotidianos y domésticos de la ciudad. Bajo el imán de una importante comunidad de inmigrantes europeos asentados en esta ciudad, el interés por inundar de publicaciones el ámbito ciudadano ha dejado numerosos indicios: primero Italia y Alemania para ponderar su “nuevo orden” fascista, luego Gran Bretaña reivindicado su condición de paradigma de la civilización occidental y Estados Unidos de América con el *american way of life*; todos resaltaban el esfuerzo bélico. Algunos tramos del trabajo reflexionan sobre los antagonismos que se dirimían respecto de los dilemas espirituales creados entre los católicos rosarinos, emergentes de las condenas papales al nazismo y al comunismo; rastrean incluso alguna mínima pero clara advertencia –ya en mayo de 1943– sobre los asesinatos de judíos en Alemania, Rumania y Hungría y los traslados compulsivos para su posterior eliminación masiva.

El capítulo de Renzo Sanfilippo se inscribe en los renovados modos de hacer historia intelectual y lo hace estudiando aspectos novedosos de las relaciones culturales entre la Argentina y Suecia. Traducción y edición permiten enlazar, a través del comisionado sueco Jean Adam Graaner

—encargado en los días de la independencia de relevar noticias sobre la geografía y población, y sondear posibilidades económicas en el Río de la Plata—, las figuras del diplomático Axel Paulin y el historiador santafecino José Luis Busaniche. Entre los años 1947 y 1955, ambos intercambiaron una regular correspondencia mientras llevaban adelante en forma conjunta el proyecto de verter al español los escritos de viaje de Graaner relativos a su primer viaje a América, en 1815-1816. Ello sirve de pretexto para recuperar tanto los proyectos eruditos de Paulin —beneficiado por una experiencia diplomática en Sudamérica que imprimió con esos enfoques y perspectivas su propia producción—, como un lapso intenso de la trayectoria de Busaniche quien, ligado a los ámbitos de la educación en distintos niveles, había sido funcionario en Santa Fe, su provincia, en simultáneo con la escritura y la participación en círculos de sociabilidad profesional como la Junta de Historia y Numismática Americana y su filial rosarina. Su definitivo traslado a Buenos Aires lo lleva a ocupar cargos en instituciones y a desempeñar labores docentes en la Facultad de Filosofía y Letras, persistiendo en la redacción de obras de largo aliento sobre la historia argentina, al tiempo que su dominio de idiomas lo ubica como un experto traductor de escritos de viajeros y diplomáticos europeos que arribaron a América durante el siglo XIX. Aquellas inquietudes intelectuales propiciaron el encuentro y la decisión de emprender en forma conjunta la traducción al español de algunos documentos e informes pertenecientes a Graaner, e impulsaron a Busaniche y Paulin a colaborar para difundir la obra y tender lazos dentro del mundo académico. Las fuentes exploradas, que provienen del Archivo Nacional Sueco (Riksarkivet), le permitieron al autor develar una trama de vínculos culturales que involucran a universitarios y diplomáticos.

En el marco de internacionalización de políticas dispuestas por los Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial, que implicaban su articulación con acciones institucionales de reparticiones del gobierno, organismos multilaterales y agencias filantrópicas, Fernando Quesada aborda el establecimiento de programas de cooperación con América Latina puestos en marcha por la Fundación Rockefeller, que en el contexto de la Guerra Fría devinieron en propósitos globales de sumarse a estrategias de contención del comunismo, a través de la colaboración en la modernización económica de los estados nacionales. Enfocado en la asistencia agrícola, el estudio de esta forma de “diplomacia intelectual transnacional” se centra en la gestión desplegada en Chile por la Fundación entre 1955 y 1968, la cual estaba destinada a aumentar la producción de alimentos, sostenida en una red de instituciones y expertos, tejida con becas, subsidios y ayudas a la movilidad científica, aún antes del comienzo del programa. El análisis prosopográfico sobre la formación de expertos —que brinda parámetros para un análisis matricial del

conjunto— realizado en base a recursos documentales del *Rockefeller Archive Center* explica la trama de vínculos e intereses que interconectaron a los universitarios chilenos becados con el acceso a la formación técnica y científica que atraía desde los Estados Unidos, a la par que refiere biografías individuales modélicas. Establecido como una alternativa para contener y contrarrestar el comunismo, interviniendo en el proceso de modernización económica de los estados nacionales, el caso chileno se inserta de forma escalonada y privilegiada en la geopolítica filantrópica norteamericana, llegando a convertirse en el principal proyecto agrícola de la Fundación en el Cono Sur.

Inserto en el largo tiempo de unas estrechas relaciones bilaterales, algunos aspectos de la azarosa política exterior argentina trazada e implementada tras el derrocamiento de Perón en 1955, son analizados en el capítulo de Beatriz Figallo a través del desempeño como embajador en la España de Franco del marino Samuel Toranzo Calderón, figura símbolo de la Revolución Libertadora. En el contexto álgido de la Guerra Fría, su gestión diplomática le impondría la necesidad de renegociar deudas y acuerdos, en la urgencia de allegar medios, inversiones y mercados para mejorar la situación económica del país. Esto, a la vez, lo enfrentaría a las contiendas políticas de una sociedad que, aun bajo el control de una dictadura, exigía cambios a través de sus universitarios y sus trabajadores, mientras los políticos cavilaban futuras salidas institucionales. Literalmente, el almirante deberá navegar entre el discurso democratizador que detentaba —en armonía con los “libertadores” argentinos—, el desempeño en un régimen de orden como el franquista que no parecía ser su modelo ideal, y su determinación —justificada por el convencimiento que aún el país debía transitar una esforzada recuperación de sus instituciones— de evitar cualquier solución que permitiera el retorno del peronismo o el avance del comunismo que, como caballo de Troya, traía la solución Frondizi. Atraído por la fuerza centrípeta de la política argentina, Toranzo Calderón decidirá que su función era la de la fuerza de la acción directa y no la de la negociación diplomática. Los archivos históricos de los ministerios de Exteriores de Argentina y España, así como el testimonio de Toranzo Calderón, son núcleo principal de sus fuentes.

Por su parte, María Gabriela Micheletti propone un acercamiento a las relaciones entre la Argentina y el Vaticano durante el gobierno del presidente Arturo Frondizi, bajo el prisma del análisis de la memoria de los funcionarios que gestionaron el vínculo y en la intersección de los aportes que brindan renovadas perspectivas para encarar la historia religiosa. Ambos estados mantenían una antigua discrepancia en torno al derecho al ejercicio del patronato enunciado en la Constitución de 1853, que constituía un obstáculo recurrente en sus relaciones oficiales. La decisión de Frondizi de avanzar con la firma de un acuerdo o Concordato

con la Santa Sede constituye un aspecto relevante de su política exterior que emerge de su pensar la Argentina, al considerar que el catolicismo era un rasgo esencial de la identidad cultural de la nación y que la Iglesia Católica constituía un factor de unidad nacional. Para cumplir aquel objetivo —e incluso reparar unos lazos que venían dañados desde el segundo gobierno de Perón— se valió de un conjunto de personalidades del catolicismo capaces de fortalecer su política de acercamiento, dentro de los cuales sobresalieron Ángel Miguel Centeno, subsecretario de Culto de la Cancillería y el embajador ante la Santa Sede, Santiago Alberto de Estrada, a los que habría que agregar a Luis Mac Kay, al frente del Ministerio de Educación, y a Carlos Florit, ministro de Relaciones Exteriores y Culto. Centeno y Estrada dejaron plasmada su experiencia y su protagonismo en las negociaciones que presuponían una reforma constitucional y, aunque encaminadas, se frustraron por el golpe de marzo de 1962. Para ello, la autora recurre a obras testimoniales que constituyen la principal fuente de este trabajo, compulsadas con una bibliografía especializada, resaltando la entidad de los actores individuales, la perspectiva biográfica y el estudio de las cosmovisiones particulares.

Inscripto en el proceso efectivo de institucionalización de las cuencas y los ríos internacionales, distintas iniciativas de las cancillerías del Cono Sur favorecieron mayores dosis de cooperación entre los países regados por el Río de la Plata y sus afluentes, dando lugar a propuestas concretas en la región. A partir de 1967, Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay iniciaron de manera conjunta una serie de reuniones diplomáticas que culminarían en abril de 1969 con la firma del Tratado de la Cuenca del Plata. María Florencia Delpino analiza el proyecto de integración que portaba aquel acuerdo, a partir de la relación bilateral entre Argentina y Brasil, ambos gobernados por dictaduras, iniciativa que ofrecía la posibilidad de dinamizar la subregión con obras de infraestructura que permitieran el aprovechamiento de los recursos naturales del área. Un armonioso compás regional, fue desestabilizado por la rivalidad argentino-brasileña expresada en los encuentros diplomáticos, lo cual trabó y detuvo avances y concreciones. Presente en este pulso interregional, el interés norteamericano en el Cono Sur seguía una línea de continuidad dando respaldo a una geopolítica de expansión del Brasil. Distintas colecciones digitalizadas de los Estados Unidos, Brasil y México otorgan el original sustento documental a este trabajo.

María José Henríquez Uzal plantea en su trabajo la articulación ideológica a través de la cual la dictadura española volvió a encontrar en América Latina un espacio privilegiado de actuación para relegitimarse en el escenario internacional, de cara a un futuro sin el “caudillo” Francisco Franco. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial la revalidación latinoamericana del régimen se fue estructurando en torno a círculos

concéntricos que iban apelando sucesivamente a las ideas de “hispanidad”, luego a la doctrina del “estado de derecho” administrativo y no democrático, con una concepción autoritaria y pragmática de la acción política; durante el franquismo tardío de los años sesenta y setenta del siglo pasado, se arribó a un “estado de razón”, desideologizado y con preeminencia de “expertos”, cuya legitimidad descansaba en la “eficacia” y en la capacidad de garantizar el orden y el desarrollo económico. Por último, se acuñará el concepto de “dictadura del desarrollo”. Una figura sobresaliente entre el grupo de tecnócratas que, portadores de una paradójica inclinación liberal, militante fe cristiana, y vehículos de la modernización y adecuación de España a los parámetros de las democracias occidentales capitalistas, es el ministro de Asuntos Exteriores Gregorio López Bravo, objeto de un acercamiento biográfico. Aquella neohispanidad no solo tuvo un componente económico, sino que implicó propiciar para América Latina el modelo de una “tercera vía” política, audacia que no resistió el estertor del franquismo, aunque pueda especularse que la exportación del experimento político tuvo, después de todo, su “revalida” en la región a través de la operación legitimante de la dictadura de Augusto Pinochet, que acogió las reformulaciones político-jurídicas de los teóricos de la institucionalidad franquista.

El texto de María Cecilia Míguez presenta un agitado período en el que la gestión del general Alejandro Agustín Lanusse, último mandatario de facto de la Revolución Argentina, se vinculó proactivamente con el Chile gobernado por el socialista Salvador Allende. El escenario de recrudescimiento de la competencia entre las potencias mundiales por el dominio de los mercados en todo el globo durante la Guerra Fría, incluida América Latina, se reflejó en el seno del Estado y de la dictadura argentina, que con altas dosis de pragmatismo –bajo la figura del “pluralismo ideológico”, autónoma de los dictados norteamericanos– encaró inéditos relacionamientos exteriores; entre ellos, y motivado por el interés económico de vincularse al Pacto Andino, el que se encaró con el vecino trasandino. Si tan disímiles líderes congeniaron, las diferencias ideológicas que se visibilizaron en oportunidad de la fuga de presos políticos de la cárcel de Rawson en 1972 pusieron el límite a la operación. Valiéndose del análisis de la documentación histórica de la Cancillería argentina, de la desclasificación de varios archivos de los Estados Unidos, de la colección *Foreign Relations of the United States* y del *Central Intelligence Agency* (CIA) y de un amplio corpus periodístico, el trabajo también muestra el heterogéneo perfil de los funcionarios diplomáticos que fueron protagonistas en este período.

El capítulo de Leandro Morgenfeld pone la lente en el gravitante papel diplomático desempeñado por Henry Kissinger, funcionario clave de las presidencias norteamericanas de Richard Nixon y Gerald Ford. La

desclasificación de documentos diplomáticos realizada por el gobierno de Washington, reclamada durante años por organismos de derechos humanos y por el *National Security Archive*, y obtenida tras la sanción de la ley de libertad de información ha arrojado más luz para entender diferentes aristas de la política de los Estados Unidos hacia la Argentina, antes y después del golpe del 24 de marzo de 1976. El manejo de esas fuentes ayuda a advertir la discrepancia entre las declaraciones oficiales sobre la dictadura argentina de las manifestaciones confidenciales de apoyo, permitiendo detectar dobles discursos así como voces disidentes al interior de los gabinetes estadounidenses y en sectores de la opinión pública. El rol jugado por el secretario de Estado, incluso luego de abandonar el cargo, ya durante la Administración Carter, no será menor: basta seguir el repaso de las actividades de Kissinger durante su asistencia al Campeonato Mundial de Fútbol en julio de 1978, que el autor examina más allá de la asistencia a los eventos deportivos en Buenos Aires y Rosario, desde las visitas a instituciones, las reuniones, las comidas, las charlas con militares, empresarios, intelectuales y funcionarios de la dictadura de Jorge R. Videla.

Germán Soprano investiga el desempeño del “general embajador” Martín Antonio Balza quien, en la condición de funcionario político, representó a la Argentina en Colombia (2004-2011) y en Costa Rica (2012-2015), durante las presidencias de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. Su aporte busca no solo reflejar esa parcela de la biografía del general Balza –veterano de la guerra de Malvinas y excomandante en jefe del Ejército– sino, también, interesarse históricamente por los diplomáticos como actores sociales y productores de saberes estatales, reparando en la multiplicidad de sus concepciones y prácticas. Como fuentes privilegiadas, el autor se ha servido del recurso a entrevistas realizadas al teniente general retirado y a sus colaboradores, reconstruyendo el método y los núcleos de interés que guiaron la recopilación de información a los fines de cumplir su función diplomática de registro de la realidad del país donde se hallan acreditados, huellas testimoniales de los tiempos presentes que constituyen vías interpretativas de gran potencialidad. El estudio concede particular atención al conflicto interno en Colombia –de indudables derivas internacionales, y para cuya comprensión el general estaba especialmente dotado por su experiencia en temas estratégicos-militares–, así como a la interacción de Balza con el gobierno de Álvaro Uribe y a la valoración de la tensión sudamericana del momento.

Recapitulando, es propósito de este libro presentar un panorama histórico y una muestra de perspectivas y temáticas producto del entramado que constituye el estudio del accionar diplomático y de las políticas exteriores en las relaciones internacionales, a través del uso de fuentes originales y directas, y testimonios en primera persona de los protago-

nistas. En algunos casos se trata de actores clave, en otra reflejan una casuística que sugiere agendas de investigación y herramientas intelectuales para reflexionar sobre la gestión del Estado, los funcionarios y las instituciones en las políticas exteriores.

Al agradecer a los investigadores-autores que se sumaron con entusiasmo a este desafío editorial, a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario de la Universidad Católica Argentina (UCA) y a sus autoridades que acogieron en septiembre de 2019 un animado coloquio que nos persuadió de la posibilidad de encarar una publicación que diera cuenta de convergencias e intercambios, queremos enfatizar el apoyo desde Chile de María José Henríquez, desde Uruguay de *Mafalda* Rodríguez Ayçaguer y de todos los miembros del IDEHESI-CONICET, especialmente de su vicedirectora María Cecilia Míguez y de nuestra profesional de apoyo María Beatriz Girardi, que han hecho posible este libro.

*Beatriz Figallo*